

AÑO XI

ATHENEA

N.º 10

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEA
debe dirigirse al apartado 572



EDUARDO ZAMACOIS

Pórtico

ATHENEA saluda al distinguido escritor Eduardo Zamacois, que es hoy nuestro huésped ilustre y descubre los damascos de su pórtico para que pase triunfalmente el popular novelista de España.

Zamacois, bien leído y bien querido en Costa Rica, recibirá personalmente el homenaje de un pueblo que hace tiempos le admira.

Fecundo y maravilloso narrador, con un dominio supremo del vocablo, con un poder descriptivo incomparable, da a sus personajes un colorido tan real que los anima y les infunde vida propia.

La profunda psicología que vierte el autor de *El Otro* en sus libros ha hecho que en el mundo de habla castellana se le rinda culto y se vea en él al joven maestro de la novela moderna.

Pero Zamacois no sólo en la novela se ha crecido poderosamente; ahí está su teatro, sugerente y delicado que lo ha hecho triunfar tantas veces; ahí están sus crónicas, las preciosas crónicas suyas que nos tuvieron un momento el ánimo volcado sobre las páginas.

Este prodigioso novelador nos mandó últimamente del campo de la guerra, su libro de impresiones: *A Cuchillo*. Este libro suyo grita el espanto de la gran tragedia como grita la angustia el gesto de Laoconte.

El Ateneo de Costa Rica ha acordado recientemente nombrar al señor Zamacois su Miembro Honorario y con ello se honra esta vieja Institución de la Patria.

En homenaje suyo se verificará una gran fiesta de arte que el mismo Ateneo prepara y en esa oportunidad se hará la recepción oficial.

Nosotros celebramos esa acogida entusiasta que se ha dado al novelista porque, además, será una nueva ocasión para acercarnos a la hidalga nación española por el alto medio suyo.

ATHENEA se complace verdaderamente en rendir el homenaje de su simpatía al vigoroso conferencista, al sutil y fácil narrador, al comediógrafo emotivo, al saliente novelista que honra hoy este azul rincón de la América.

Al Autor de *Duelo a Muerte*

Llegasteis a nuestra ciudad—ilustre príncipe del hidalgo solar español — en momentos de dolor nacional. Un vientecillo siniestro pasa meciendo las copas de los árboles en las selvas que han recreado vuestra imaginación de escritor trashumante, y pone inquietudes en el ánimo. En un duelo a muerte como el de vuestro libro, acaba de caer, de cara al cielo, un alto pensador de este hogar literario que hoy os festeja —el Ateneo de Costa Rica— triunfador en la labor del libro, de la tribuna y del periódico, y que tuvo la divina locura — de seguro aprendida del manco inmortal cuya augusta sombra llena hoy toda vuestra Península—de echarse por los caminos, tras de las refulgencias de su ideal magnífico, empeñado en la conquista de la felicidad de este rincón de América.

Ya veis, preclaro huésped para quien han de ser los panoramas de todas nuestras bellezas y todo nuestro afecto, por qué vemos en Vos, por sobre el novelista consagrado y el literato esclarecido, al representante de la madre lejana, pero siempre presente en nuestros corazones; ya veis yo tenía para saludaros un canto de esperanza y de cariño, porque hace mucho tiempo que leo vuestras producciones con una verdadera delectación espiritual, sobre todo, aquella, en que vuestra pluma pintó esas pequeñas impresiones que pasan inadvertidas del gran público plebeyo, pero que se sintetizan bajo la influencia del ingenio que las crea (el tren que pasa, el aplauso que hace retornar a la escena al actor para agradecer) y entre las cuales *El Gesto* pudiera servir de modelo, pero.... por más que quiero libertarme de la obsesión que me domina, mi pluma mana sangre.

Con todo, noble artista, no está bien que yo ponga en la decoración de fiesta que os ofrece Costa Rica mi pincelada gris. Cerrad vuestro oído a esto que parece una elegía, y que vuestra temporada en este país os sea grata para vuestra satisfacción y para orgullo nuestro en vuestros futuros libros.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

Marzo, 918.

ATHENEA está de venta en todas las Librerías al precio
de 25 céntimos el ejemplar.

Eduardo Zamacois

Impresiones literarias

Los libros de Ponson du Terrail, de Dumas, de Feval, fueron mi morfina de adolescente. Ahora he llegado a comprender todo el bien que me hizo semejante envenenamiento literario.

Era mi proveedor un viejo mercader, inexorable, al extremo de que por diferencia de unos centimos era capaz de dejarme en la ansiedad de saber el final de Rocambole. En su puesto de reventa, caótico y colmado, era posible encontrar cualquier cosa, el bacilo del cólera inclusive.

Una delicia para mí era hurgar aquellos montones de libros sucios en busca del tomo siguiente....

En semejante afán, un día encontré un folio pequeño, en bastante buen estado, relativamente al medio ambiente, y cuyo título era, sencillamente, *La Enferma*. Su autor: Eduardo Zamacois. Pero yo jamás había oído semejante nombre y, con desconfianza de comprador escrupuloso, iba ya a dejar el libro donde estaba, cuando observé detenidamente la litografía de la portada. Era un cromó de factura vulgar y grosera pero que tenía cierta sugerencia triste y evocadora que al momento me hizo acordarme de la inolvidable *Maria* de Isaacs....

Y qué diablo! Compré *La Enferma*, decididamente.

Breves ratos de lectura y el pequeño libro había sido consumido por mi avidez de lector práctico.

Aun más. Yo tenía entonces novia. Una novia que sabía hacer de Julieta romántica y enamorada. Y nuestro coloquio banal tuvo que sufrir el intermedio literario que duró la lectura de *La Enferma*. Y en verdad que sus páginas de fiebre, de lujuria y de delirio impresionaron hondamente a mi adorado auditorio. Tanto que, años más tarde, una ocurrencia sin importancia me hizo recordar *La Enferma*. Procuraré describir fielmente la escena: Tarde cálida. Ella, desde el alféizar, por no mirarme a mí, miraba la agonía pesada y morosa de un sol de Junio. Yo, por no mirarla a ella, me entretenía haciendo arabescos sobre los adoquines con la contera de mi bastón. Habíamos tenido borrasca, pero ya estábamos en el momento de la tregua, deseando algún pretexto que concluyera con la inútil y mutua vanidad que nos aislaba.

Acertó entonces a pasar un hombre, bien trajeado, de aspecto forastero. Su continente hermético y sus ojos acorados eran poco tranquilizadores. Ella se volvió con ligereza y señalándome al transeunte, feliz de hallar al fin un pretexto para reanudar el coloquio, me dijo con voz de misterio:

—Ves? Ese es el hombre de que te he hablado. Siempre que lo veo me parece que es el Dr. Montánchez de *La Enferma*, te acuerdas?

Le tengo miedo. Cuando estoy sola y lo veo acercarse cierro la ventana...

La Enferma fué el primer libro de Zamacois. Se publicó en 1896 y su aparición no tuvo consecuencias. La crítica apenas si hizo alguna alusión al nuevo autor que se daba al público.

Sin embargo es un bello libro de intensa fuerza emotiva. Ciertamente es que el escenario y los personajes no logran tonos decisivos ni perfiles vigorosos, pero en conjunto es una hermosa primicia muy de tomarse en cuenta al considerar la obra fecunda y definitiva que la sucede.

Ya en *Punto Negro* se nota completa seguridad en los trazos. La figura graciosa, locuaz y apasionada de Matilde Landaluce es de una admirable fuerza psicológica. Indudablemente este libro es hondamente vivido. Sus páginas son de un realismo intenso, hojas arrancadas al libro de la Vida que nos dejan una sensación dolorosa después de habernos hecho vibrar en el delirio. *Punto Negro*, impulsiva apasionada, dándose al amor por el amor, bajo el cielo abierto, en el tálamo infinito de la noche, de cara a dios, se magnifica en su falta, porque en ella el adulterio no es una falta sino una glorificación.

Predilección por el Misterio, por lo incognoscible, por el momento que precede a la tragedia, he ahí lo que seduce a Zamacois. Probablemente esa tendencia es la que le ha hecho preocuparse tanto de las pasiones humanas y sobre todo del «eterno femenino».

No en el estilo, pero sí en ciertos detalles de escena y en ciertos casos psicológicos de sus personajes, hemos creído notar cierta afinidad espiritual entre Zamacois y Valle Inclán.

El Otro, por ejemplo, es un libro que pudiéramos catalogar entre los tratados de ciencias ocultas. Al comenzar su lectura varias veces sentí repugnancia invencible y deseos de arrojar por la ventana el volumen. Me parecía uno de esos tratados vulgares con que quieren sorprendernos los charlatanes. Pero luego fui dándome cuenta del propósito del autor, del desarrollo de su tesis espiritual, del complicado asunto arcano que lo inspira y en cuya meditación sentimos un horror interno de nosotros mismos, de nuestra psiquis inmortal y consciente por los siglos de los siglos...

El Otro es un libro de delectaciones y crueldades y misterio que hace vibrar hasta lo indecible todos los registros de nuestro clavicordio emotivo. Ojos femeninos no debieran posarse en él. No por respeto a esa ética original que prodiga a puñados Tartufo católico, sino por precaución fisiológica: pues no impunemente puede jugarse con la tonalidad

nerviosa. La escena del incubo, relatada con delectación en el detalle, morosamente, exasperaría hasta a una aldeana suiza.

El Otro es un libro peligroso indudablemente. En la biblioteca hay que cataiografarlo en el estante superior, hallá junto con los libros de Rachilde, donde no lo alcancen los niños ni las mujeres.

* * *

La Guerra ha sugerido a Zamacois páginas admirables de pensador. Su libro *A Cuchillo* es una recopilación de impresiones de su reciente viaje por tierras de Francia, Suiza e Italia.

Es un libro intenso, lleno de color, lleno de vida, donde el alma del paisaje y el alma humana se confunden en una sola armoniosa vibración. Es verdad que para nuestro corazón enamorado de la gentil Francia algunas páginas de *A Cuchillo* nos parecen impias. Y es que tratándose de Francia somos intolerantes y apasionados como con nuestra primera novia de colegiales: sus defectos y frivolidades son encantos más para nuestro fanatismo.

Pero esa intolerancia tan nuestra, tan cordial, no logra ocultarnos la espléndida tapicería que el viajero descubre a nuestros ojos. Sus descripciones de la tierra Suiza son pasteles de intensa emoción pictórica que nos cautivan desde el primer momento, y apenas si logra sacarnos de nuestra abstracción el dolor heroico y triste que con frecuencia pasa a nuestro lado: el convoy de la Cruz Roja, el expreso atestado de heridos y mutilados que, inútiles ya para defender la patria, retornan al hogar, sonrientes unos, taciturnos otros, heroicos todos con la aureola del martirio sobre sus frentes ennoblecidas. A su paso por las ciudades Suizas las mujeres les dan flores y

cigarrillos y besos. No importa la nacionalidad. Todos son soldados.

Todo el encanto de Suiza lo absorbe el paisaje. La masa municipal es una sola factoría de amirable precisión y actividad: gentes apacibles y limitadas. Paradoja: La tierra más pintoresca y poética del mundo en vez de poetas y filósofos produce... relojeros y estadistas.

Pero ya estamos en Lugano. Luego la tierra Lombarda. Milán!

El Duomo!

Aquí el viajero, en éxtasis, lo olvida todo ante la opulenta Catedral que pregona al mundo el arte de los siglos pretéritos. La Guerra, la gran Guerra que ha galvanizado de horror a la Humanidad, es apenas una lucha de pasiones humanas cuyas huellas y estragos se borrarán en unos pocos lustros. Qué importa la Guerra! Estamos ante un templo del Arte magnífico y el Arte es lo único eterno. La Guerra pasa, una generación deshecha en los campos de batalla se reponen con la nueva generación....

El Duomo! He ahí lo único eterno....

* * *

No nos sería posible comentar todos los libros de Zamacois. Citamos al acaso unos cuantos. Tal vez los que más impresión nos dejaron. Debemos advertir que estos comentarios no tienen la menor pretensión crítica. Son apuntes apasionados, escritos en desorden, como fueron brotando de nosotros, como plugo a nuestra memoria y a nuestra fantasía....

J. VALVERDE LEON

San José, marzo de 1918.

La tristeza de viajar

Por Eduardo Zamacois

La víspera de dejar Buenos Aires, la madre Casualidad, siempre buena, pintoresca y artista, me puso delante a un antiguo amigo compañero de mis años más verdes. Mucho tiempo hacía que no cambiábamos un abrazo, y en aquel momento brevisimo, apenas si hubimos espacio para pasar del saludable regocijo del encuentro a la agri dulce y poética melancolía de la despedida. Yo me iba a New York y a Cuba; él venía del remoto Oriente, soleado y azul. Mi amigo es un sentimental: le hallé desanimado, empobrecido de voluntad; lacio de espíritu y de cuerpo; sus pupilas grandes y claras de montañas, reflejaban la nostalgia grave de los horizontes.

—¿Por qué te marchas?—exclamó;—¿por qué esa inquietud, esa coñezón por salir al tropiezo de lo imprevisto?... ¿Acaso no te convenciste aún de la eterna y universal monotonía de las cosas?....

El, por su parte, arribaba a la Argentina

desilusionado de todo, y maldito si pensaba moverse de allí. Compraría en los alrededores de la ciudad una casa, sembraría frutales cuyo follaje tupido sirviese, al declinar la tarde, de confesionario a la brisa; criaría gallinas que le siguiesen por la huerta dardeándole con sus ojos penetrantes y redondos; y allá adentro, entre la alegre limpieza de los solados de ladrillo y de las encaladas paredes, tendría una pequeña biblioteca y un lecho blando. Adiós las estaciones de ferrocarril, les muelles, los hoteles.... todos esos lugares inexpressivos secos, endurecidos por la ingratitude de las despedidas.... El porvenir que meditaba era de reposo; un reloj presidiría tiránico la marcha del hogar, donde todo se haría despacio y a sus horas; los viejos baules, magullados y sin cerraduras, que le acompañaron en su existencia andariega, irían a la leñera, o convertidos en astillones, servirían de apoyo y defensa a los rosales del jardín.

Mi amigo concluyó:

—Lo que deploro es haber viajado tanto, pues de los viajes sólo sacamos esa fatiga, infinitamente más grave que la fatiga física, que llamamos tristeza.

Yo le escuchaba atento, recogidamente, mientras experimentaba esa melancolía que tiene para nosotros la voz sin palabras de las tumbas y de las ruinas. Luego, por toda contestación y todo comentario, seguí adelante...

Evidentemente, mi interlocutor acertaba: los viajes son tristes; mas no es la suya una tristeza particular y desusada, sino esa suave nostalgia inseparable de los recuerdos y que constituye la esencia capital de este mundo movido donde hombres y cosas, empujados por el tiempo, «son» cuando «ya dejan de ser». Es la pesadumbre de las amistades perdidas, de los amores extintos, del apaciguamiento que sigilosamente sentimos operarse en la hoguera interior de nuestros deseos; es aquella melancolía, en fin, que cae de pronto sobre la última página del libro que acabamos de leer; tristeza fría, muda, donde alotea una desilusión de crepúsculo. ¿Pero, no sería absurdo que, por miedo a lo que pudiéramos llamar «el dolor de cuanto concluye», renunciásemos a los generosos anhelos de perpetuidad y mejoramiento que abrazan el corazón de los que aman y de los que leen?...

Es la felicidad para el hombre como el tiempo, que apenas llega y le envuelve, cuando ya empieza a irse. Mas ¿no tardaríamos de pusilánime o de loco a quien no quisiese ser dichoso en su juventud, temeroso de que luego, con la vejez, dejase de serlo?....

Bruñido por el sol un chorro de agua, cae alegremente dentro de una cisterna, y su bullicio festero decrece y amortigua paulatinamente según el ancho depósito va llenándose; cuando éste rebosa el ruido se apaga. Así el humano corazón, conforme va derramándose en sus profundos — resonantes primero, silenciosos más tarde, — el chorro bulleante de la Vida. Pero, decídmelo, vosotros, los ancianos, los que de mozos supisteis cabalgar a rienda holgada sobre los potros — fuego y pólvora — de la ilusión; vosotros los imprevisores, los discolos, que, sin conocer «el miedo al mañana», disteis hospitalidad en vuestro ánimo generoso a todos los latidos de la curiosidad y de la ambición, ¿no sentís ahora, ahora que son de lino vuestros cabellos y vuestras manos empiezan a temblar, la satisfacción orgullosa de haber vivido plenamente?....

Un viaje largo equivale a un buen libro; también vale un amor. No creo haya momentos que draguen el espíritu, ni superen en emoción estética a aquellos en que los trenes lanzan su clarineo de despedida, o los trasatlánticos, magníficos bajo la gallardía religiosa de sus chimeneas humeantes, retiemblan con el esfuerzo de sus molinetes que levantan las anclas. Son los caminos cual índices elocuentes que, imperativos, nos señalan un rumbo, como puentes de maravilla tendidos de un horizonte a otro, y entre todos componen alrededor del planeta una especie de «red nerviosa» por donde circulan las palpitaciones sin guarismo de la vida universal. Y, mientras recorre esas rutas que la diosa Aventura em-

bellece con el iris de su sonrisa enigmática, el viajero acaricia la visión de amores extraños, de empresas desconocidas y hazañosas; y, por ensalmo, su existencia, soñolienta quizá hasta entonces, adquiere una trepidación novelesca que agudiza sus sentidos y sirve de excelente gimnasia a su voluntad. Es cierto que, al final de todo viaje, siempre hay una pequeña decepción nacida de aquel vicioso prurito que la fantasía tiene a la hipérbole; y así, al rendir la jornada, nos parece que Roma no es tan «solemne» como nos habían dicho; ni París tan «loco» como asegura la leyenda dorada de sus aventureros; ni los bosques americanos tan frondosos y tupidos como los describieron sus exploradores. ¿Qué importa?... ¿Quién, al terminar la lectura de un libro, no sintió un ramalazo de hastío; ni quién dejó de beber en los pozos del más ciego amor, un poco de amargura?....

No pretendo con esto repetir en los diversos pueblos la maldición secular a que la raza judía se halla sujeta: solo afirmo que el hombre, cuando ha terminado de aprender la carrera u oficio que ha de procurar el sustento, debe salir de su patria, levantar su tienda de nómada trabajador donde le pite, buscando, sin recelo a nada, los climas y las civilizaciones más opuestas, y procurarse así la noble satisfacción de poder decir: «En todas partes, gracias a mi laboriosidad, hubo para mí un lecho, un baso de vino y un pedazo de pan». Este éxodo debe comenzar alrededor de los veintitrés años, edad preciosa en que las verticales energías de la virilidad plena, se unan a la flexibilidad y simpáticas condiciones de asimilación y adaptación de la juventud; y no terminar antes de los treinta y cinco, época la más idónea para constituir un hogar, trazarse un porvenir y aplicarse a la buena crianza de los hijos.

Muchas veces, entre los comerciantes especialmente, hallamos hombres respetables, ricos, circundados de positivo bienestar y padres de numerosa prole, y en cuyas almas, sin embargo, abierta como una herida, bulle una inquietud. A cada momento sueñan dejar su escritorio para realizar un viaje largo; se aburren; quieren ver, embellecer sus días postreros con el ramillete esplendoroso de la realidad, infinitamente variada y pródiga; y de pronto, ante la hermosura de una puesta de sol, sus ojos, envejecidos sobre las arideces del Diario y del Mayor, se arrasan en lágrimas. Fue porque no supieron vivir; porque quisieron sustraerse detrás de un mostrador a la ley inexorable del cosmos, donde todo es filante; porque creyeron que la dicha podían hallarla en el primer negocio y en la primera mujer que tropezaron, sin saber que la felicidad suprema no es «una entidad», sino «una suma» de pequeñas felicidades, sembradas por el Azar a lo largo de la vida y, por consiguiente, que una honda, jugosa y bien razonada alegría, sólo puede acariciarnos cuando la experiencia ha matado en nosotros al diablillo azul de la curiosidad.

No temamos, pues, «la desilusión de los amores ni de los libros, ni a la tristeza de los viajes; dejemos que Psiquis se agote, se canse. Yo estoy cierto de que una gran felicidad, si

ha de ser duradera, necesita tener por base un gran fastidio.

Juventud: apasionate por todo, estudia, viaja, lucha, asómate a todos los peligros, imita a las nubes y a los vientos, aprende a los pá-

jaros; no temas a nada, como no sea al hoste-
tezo. Busca y ríe; sé curiosa y sé risueña...

A tu edad, la edad amada de los dioses, nada debe interesarte tanto como una mujer, un libro y un camino.

Argentinismos más usuales

Por el Dr. A. Esquivel de la Guardia

Especial para ATHENEA

II

C

CAMPANA.—La campaña es aquí la campiña, el campo.

CABELLA.—Cesta, cesto.

CARGUERO.—Lío que se lleva sobre la cabeza; equivale a nuestro «motete».

COLOTEAR.—Hurtar.

CALOTE.—Hurto.

CALOTEO.—Acción de «colotear».

CARPETA.—Expediente. Un abogado, p. ej. solicita «la carpeta» de Juan Pérez.

CARANCHO.—Es nuestro «zopilote», o sea, el gallinazo, el cuervo.

CABRERO.—Avisado, malicioso.

CAFTEN.—El caften, así como el cauffinero, son personas amarales, que han descendido, en su trato con las mujeres del arroyo, hasta a vivir a costa de ellas y a «representarlas».

CAFICHE.—Está cafique en la Argentina el que en Costa Rica está «bien plantado»: es decir, el que se ha vestido bien y parece buen mozo en ese momento.

CANILLITA.—Los *canillitas* son los vendedores de diarios; en su mayoría son chucucos, y constituyen una agrupación de tal importancia, que más de una vez han boicoteado un diario. Hay «el día de canillita», que es aquel en que se recogen fondos para auxiliar a esos pequeños trabajadores.

CARRO.—El carró es el que conduce carga, en tanto que coche es el que lleva gente. Así no se dice «carro de tranvía», «carros de tren», sino «coche de tranvía», «coches de tren».

CAFÉ.—«Dar un café». Regaño. «El patrón le dió ayer un café a Enrique»: lo regañó.

CHAFER.—Familiarmente, chauffeur.

CHAO.—Es la forma de decirse adiós o hasta luego entre personas de mucha confianza; pero no es nada distinguido.

CHANCHO RENGÓ.—*Hacerce el chancho rengo* es hacerse el tonto; fingir que no se comprende una cosa.

CHAUCHAS.—Son nuestras vainicas.

CABINA.—Aposento muy pequeño.

CACHAFAZ.—Bribón.

CAJETILLA.—Dandy, petimetre.

CANDOMBA.—Tamboril.

CANFINFLERO.—Chulo.

CARACÚ.—Hueso con tuétano.

CARNE CON CUERO.—Cierta carne a que son muy aficionados los campesinos.

CARNEAR.—Descuartizar.

CAROZO.—Semilla grande.

CATINGA.—Olor peculiar de la raza negra: desagradable y fuerte.

CÍVICO.—Vaso pequeño en que se sirve la cerveza.

CHACRA.—Sementera.

CHACARERO.—Dueño o cultivador de una «chacra».

CHAFALONÍA.—Baratija. En las ventanas de ciertos joyeros suele leerse un aviso que dice: «se compra chafalonía».

CHAFE.—Polizonte, familiarmente.

CHALA.—Hoja del maíz. Cigarrillos de chala; cigarrillos de hoja de maíz.

CHANGA.—Hacer una changa es ganarse un camarón. Es changa todo trabajo de corta duración, que ejecutan los peones.

CHATA.—Carro de cuatro ruedas. Embarcación baja, plana y pequeña.

CHÉ.—Esta palabra es una de las que llaman más la atención al extranjero recién llegado al plata; sirve para denominar a la persona con quien se habla; es un verdadero vocativo, que parece significar hombre. Se usa en frases como estas:—«Mira, ché, lo que sucede».—«¿Qué te parece, ché?».—«No, ché, no lo creo».—«Ché, dame el sombrero».—«Aunque no se usa más que con el *tú*, no deja de usarse, sin embargo, en el trato de *usted*; por ejemplo:—«¿Qué me dice de esto, ché?».—«Ché dónde trabaja?»

CLERICÓ.—El clericó es una mezcla de vino, agua o soda, azúcar y rodajas de limón o de otras frutas. Se toma helado y a pasto, en las comidas.

- CHINO, CHINA.**—Negro, negra. Es adjetivo que se refiere al color de las personas.
- CHICHE.**—Juguete. «Cómprale un chiche a la nena»; «Cómprale un juguete a la chiquita».
- CHICHONEARSE.**—Chancearse. «Lo dice por chichonear»; no lo dice en serio.
- CHIRIPÁ.**—Traje especial que antes usaban mucho los campesinos y que ya casi ha desaparecido. En lugar de pantalones consta de una tela que cubre como enaguas las dos piernas.
- CORSO.**—Calle que pasa el carnaval se convierte en paseo, adornándola y fabricándole tablados a derecha e izquierda. Corso de flores: paseo en carruajes, des de los cuales se libra batalla de flores.
- COSO.**—Corso
- CONSCRIPTO.**—Los conscriptos son los jóvenes a quienes cada año toca el turno de ir a servir obligatoriamente en la milicia.
- CONVENTILLO.**—Casa de inquilinato. Es nuestro «chinchorro»; la *tenement house* de ingleses y norteamericanos.
- ¡COSA BARBARA!**—Expresión que equivale a *¡qué barbaridad!*
- CONCHA.**—Este vocablo significa, casi exclusivamente, la parte genital femenina externa. Es palabra que debe usarse con discreción.
- COMPADRITO.**—Individuo de baja ralea, afectado en sus movimientos y en su lenguaje: constituye un tipo especial del *bajo fondo* bonaerense.
- COTORRO.**—Domicilio modesto.
- COIMA.**—Cohecho. También significa el tanto por ciento que los jugadores están obligados a dar al dueño de la casa de juego.
- CONCHABARSE.**—«Consertarse» los sirvientes en una casa de familia.
- CONCHABO.**—«Concierto».
- CHOCLO.**—Nuestro «ilote»: maíz pegado a la mazorca.
- CUMPLIMENTAR.**—Cumplir.
- CUJA.**—Cama sencilla de madera.
- CHUCHO.**—Frio con escalofríos, que se siente en el paludismo. Por extensión, chucho es paludismo.
- ¡CUALQUIER D A!**—Expresión que podría traducirse por *nunca*. Ejemplos: «Cualquier día subo yo en aeroplano!» y «no subiría nunca. ¿Lo firmaría Ud?—cualquier día!»; o sea: no lo firmaría nunca, o por ningún caso.
- CUÍ.**—Cuilo, conejo.
- CHUÑO.**—Harina de maíz o de papas.
- CHURRASCO.**—Carne puesta al fuego a fin de que se dore ligeramente por los dos lados. Carne a la brasa.

La Ciencia se hace espiritualista

Allá donde la agitación de las ideas constituye uno de los elevados deberes de las inteligencias dirigentes, donde se elabora la ciencia y se hace fecunda la filosofía, los hombres de ciencia y los eminentes pensadores trabajan a toda hora en la investigación de todos los fenómenos, cualquiera que sea su naturaleza, porque no hay fenómenos propios y fenómenos impropios de la ciencia y de la filosofía. En ellas debe caber el Universo entero o carecen de razón de ser. La ciencia nada repele y con ecuanimidad escudriña lo ignorado a sabiendas de que cuanto logre descubrir ha de hallarse en armonía con las leyes fundamentales de ese mismo Universo. El materialista de hace veinte años en vista de los continuos progresos de las ciencias de experimentación, cuando es valeroso y ama la verdad aunque ella todavía no sea su verdad, sin perjuicio y con la serenidad del estoico, examina, investiga, discute y des-

pués de cribar experiencias y juicios manifiesta con modestia la transformación de sus ideas, si para ello hubiere lugar.

Tal es el caso de Jean Finot. Su estudio sobre la *Longevidad* y sobre *Las Razas* es de un severo materialismo.

Dirige *La Revue* y es hombre de prestigio. Sigue la ciencia paso a paso, la ve haciéndose y depurándose en las Universidades y las Academias, y este hombre, con fecha 1.º a 15 de Noviembre de 1917 en la página 236 de *La Revue*, escribe estas palabras:

«Si autoriza la ciencia todas las esperanzas, al mismo tiempo nos veda el desprecio o el escepticismo a ultranza, que tan sólo se justifican en el ignorante. Permitaseme recordar aquí lo que traté de probar en otra parte.

«Quien no ha bebido nunca en las fuentes de la ciencia o quien sólo se ha apropiado de sus datos superficiales, puede vanagloriarse de ser un materialista

ardiente y convencido. Pero cuando se ha tratado de estudiar de buena fe los datos esenciales de la ciencia no se puede continuar en acuerdo con el materialismo en el sentido que le atribuye el vulgo».

Y en la página siguiente agrega: «Estalla por dondequiera la acción del Infinito en todos los sentidos. Nuestro entendimiento que abarca horizontes cada vez más impenetrables, vese obligado a admitir por la vía experimental la realidad de fuerzas incomprensibles y la existencia de una Fuerza desconocida».

Y en la página 240 afirma que «una especie de cadena inasible parece ligar ciertas hipótesis científicas, las afirmaciones de los filósofos y religiones y las investigaciones psíquicas».

Finalmente expone en resumen el descubrimiento del comandante Darget, los rayos vitales, denominados «rayos V» cuya existencia y funcionamiento son de los más desconcertantes. Su cualidad primordial—continúa—consiste precisamente en que impresionan la placa fotográfica. De suerte que todos los seres vivos revelan la facultad de emitir rayos de una penetración rara, pues que atraviesan los cuerpos sólidos y líquidos, sin exceptuar los metales. Resulta de las numerosas comunicaciones del descubridor a la Academia de Ciencias que ha obtenido centenares de fotografías fluidicas magnetizando placas, ya mediante el contacto ya sin él... Nuestro pensamiento impresiona las placas a través de los cuerpos opacos... La experiencia clásica del comandante

Darget, que él realiza en presencia de los sabios más escépticos, consiste en esto: coloca una placa virgen directamente sobre su frente, la envuelve en un papel negro y, después de haber puesto en la misma cubierta una hoja de papel impreso o con dibujos, obtiene su impresión en blanco o en negro y a veces aun simultáneamente en positivo y negativo.

«La fotografía realizada sin el concurso de la luz solar o de otra artificial, débese a los rayos vitales que se desprenden de nuestro organismo».

«Encontrándose un día en estado de sobreexcitación el comandante Darget situó por encima de su frente a un centímetro de distancia una placa fotográfica y obtuvo en seguida un cliché de los más curiosos, conocido con el nombre de «cliché de la cólera». Otros clichés efectuados en las mismas condiciones representan diferentes objetos pertenecientes al comandante».

Una vez más, pues, los hombres que hacen la ciencia y la filosofía no temen trabajar a toda hora en la investigación de los más extraordinarios fenómenos, seguros como están de que nada habrá de hallarse en desacuerdo con la fundamental armonía del Cosmos; mientras aquí, quienes no hacen ni ciencia ni filosofía mantienen su entendimiento en el destierro para poder canservarlo tranquilo y exento de las influencias bienhechoras de una ciencia que todas las mañanas bebe sus aguas en la fuente de Juventa.

ROBERTO BRENES MESÉN

Marzo, 1918.

Centros de Cultura

El domingo antepasado inauguró sus sesiones para este año la Sociedad Teosófica. El presidente de DAHRANA, señor Brenes Mesén, hizo saber a los asistentes que en adelante tenían acceso a las reuniones cuantas personas quisieran interesarse por los estudios trascendentales. La Teosofía abarcará todo aquello que interese a los hombres estudiosos: Ciencias, Artes, Literatura, etc. Se harán allí consultas sobre toda clase de problemas y se atenderá cual-

quier pregunta que se formule. Las sesiones son a las dos de la tarde, los días domingos, en la casa de habitación de don Tomás Povedano.

No se encuentra la verdad la primera vez que se le busca.

COULEVAIN

Las formas nuevas son la expresión necesaria de las concepciones originales.

LECONTE DE LISLE

El Ateneo de duelo

Pocas veces ha estado tan sobreco-gido nuestro ánimo como ahora que escribimos para un glorioso compañero nuestro.

Rogelio Fernández Güell llena con su recuerdo cuanto pudiera escribirse sobre él y nosotros apenas tenemos impulso para evocar esa memoria,

y todo su corazón al servicio de su idea. Escribió entonces con *Pascual* en *El Derecho*, los fulminarios artículos que tanto se han recordado. Aquella lucha encendió en su juventud un gran amor por las causas del pueblo y le vió Costa Rica alzarse luego, al regreso de su primer viaje a Europa, en una



ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL

El Ateneo de Costa Rica pierde con Fernández Güell a uno de sus más salientes miembros y el país pierde a un hijo ardiente y luchador que batalló siempre con fe por el ideal de su espíritu. Periodista, poeta, orador, en todo fué alto y sincero, noble y distinguido, como convenia a quien rindió su sangre en un gesto magno.

Muy joven, a los 18 años, Fernández Güell se lanzó contra lo que él pensaba odioso y puso todo su ardor de joven

campana que pudo tener sus errores, pero que para él era sincera y patriótica. Fué entonces cuando le vimos multiplicarse en *El Republicano* y lanzar sus vigorosas flechas con seis distintos seudónimos. *Perseo*, *Viriato*, *Juvenal*, fueron tres escudos formidables en la lucha. El que esto escribe fué adversario del pujante escritor de entonces y hoy y siempre le hace justicia a quien tenía el poder supremo de la pluma y el vigor imponderable de un espíritu fuerte.

Tal vez esa azarosa andanza tocó un poco la fimbria de su clámide, que bien difícil era salir sin mácula de esa retorta política en que se dieron la mano los partidos más antagonistas.

Pero dejemos al político, que pudo tener sus yerros y hablemos del escritor.

Fernández Guell ha escrito más de seis obras, todas llenas de alta intención, admirándose en ellas un claro decir de pensador y un ferviente deseo de innovar. Su espíritu preocupado y anhelante inquiría la Verdad tenazmente y se iba de cara al Misterio, con un temblor sagrado, tal un Edipo que aguzara el oído ante la Esfinge. *La Clave del Génesis* es una obra de trascendencia arcana, en la que el autor se propone desentrañar las profundas iniciales que encierran los textos bíblicos. El espíritu del lector se inclina hacia esas páginas y ve en su fondo, como en el de un pozo, reflejarse la silueta indecisa del Enigma. . . . *Psiquis sin velo* es un tratado de filosofía esotérica. *Lux et Umbra*, una fuerte novela filosófica que sorprende el ánimo. *Los Andes y otros Poemas* es una colección preciosa de versos. Suntuosa la forma, castiza la expresión, todo infundido de un gran ardor idealista, nos muestran sus libros un dominio pleno de los motivos que estudia. Los *Episodios de la Revolución Mexicana* es un libro de combate, apostólico, en que el autor exalta la figura noble de Madero, su hermano. En esta obra formidable nos sorprende y nos emociona la dedicatoria que se lee en la primera página. Se diría que el autor al escribirla se sonrió heroicamente pensando que pudiera ser para él mismo. Dice así:

*A la memoria de todos los
que, en diferentes épocas, han
padecido y muerto por la
causa de la libertad de los
pueblos.*

Además, ha publicado varias conferencias, entre las que descuella la que leyó en el Centro Catalán sobre el poeta Jacinto Verdaguier. Hace poco llegó a

Costa Rica una preciosa edición española de su último libro: *Plus Ultra*, prologado por don Jacinto Benavente y en el que se advierte la gran erudición del autor sobre el conflicto de las razas.

No es posible que nos detengamos a comentar como querriamos estas obras de nuestro compañero del Ateneo porque no tenemos ahora espacio; pero nos hacemos la promesa amable de dedicarle muchas horas a quien las tuvo todas por la cultura y el engrandecimiento de su patria.

En uno de sus libros, vemos que se anunciaba: *La Magia y el Espiritismo en las obras William Shakespeare*. El título de la obra anunciada nos dice la importancia trascendental del asunto que trataría. Si el infatigable buscador ha dejado escrito ese libro, Costa Rica habrá ganado hermosamente un valioso tributo para su historia literaria.

¡Quiera la suerte que su pluma rindiera tal promesa antes de haber desaparecido inmortalmente!

Fernández Guell tiene también sobre sus sienes el lauro inmarcesible del poeta: deja una gran labor difundida, poemas, sonetos, madrigales, versos de combate, etc.

Nosotros estamos seguros de que mañana se recogerá esa gran labor y que entonces se admirará nuevamente a quien tuvo un privilegio tan proteico.

Hoy cae el luchador sobre la arena y el Ateneo de Costa Rica está de duelo porque ve irse de sus filas a uno de sus miembros más distinguidos.

¡Que sobre la sangre preciosa del mártir se alce mañana una radiosa floración de héroes!

Soldado-Poeta, Fernández Guell repite el caso de Arboleda en Colombia y de Martí en Cuba, que sellaron inmortalmente con su espada la fulmínea expresión de la palabra!

EUGENIO DE TRIANA

Marzo de 1918.

El alma del mundo infundida en la materia la anima, esto es, le dá mente y conciencia.

BRENES MESÉN

A Costa Rica

Esta poesía fue recitada por la señorita Rosalía Fernández Cúell en la velada que el Ateneo verificó la noche del 15 de Setiembre de 1913.

Con la voz de tus volcanes
y el ronco grito del mar
quisiera, Patria, cantar
tus triunfos y tus afanes,
y al rugir los huracanes
azotando tu bandera,
con generoso ardimiento
alzar un himno quisiera
que por doquier repitiera
con sus bramidos el viento.

Eres la hermosa trigüeña
que, con su indiano plumaje,
Colón en su cuarto viaje
vió en la playa limoneña,
y al mirarte tan risueña,
tan inocente y bonita,
te amó con el alma toda.
y en su ilusión infinita,
te dió la isla de la Uxita
como su anillo de boda.

Eres la pálida diosa
de mis ensueños de niño,
hecha de luz y de armiño
y de pétalos de rosa;
la Patria, visión preciosa,
vergel de amor en la tierra
que a la existencia convida
y los pesares destierra,
¡porque en la Patria se encierra
cuanto hay de grande en la vida!

Eres la madre que abriga
con su bandera a sus hijos
contra la suerte enemiga
y con cuidados prolijos
a su existencia los liga,
y cuando la muerte odiosa
con mano implacable y dura
nos arrebató a la fosa,
¡rasgas tu seno, piadosa
para darnos sepultura!

En todas partes te miro
tan luminosa y tan bella
como un inmenso zafiro
engastado en una estrella.
Las fragancias que respiro,
la luz que nímbo mi frente
y la canción de las flores
en la orilla del torrente
todo, con voz cloquente,
me habla de ensueños y amores.

El mar, que a tus pies murmura,
su rico collar desata
en honor de tu hermosura
y perlas de rara albura
vierte en ánforas de plata.
La estruendosa catarata
al caer desde la altura
suena al pie de la colina
como tu risa argentina
bajo un dosel de verdura....

Y cuando el astro radioso
con sus fulgores la inflama
y el viento que sopla y brama
risa el caudal espumoso
que se despeña furioso,
y olas de azul y de plata
cruzan en rauda carrera,
en ilusión hechicera
brilla al sol la catarata
como tu hermosa bandera.

¡Patria de Cañas y Mora,
recibe la ofrenda mía
como el rayo de una aurora
que anuncia un hermoso día!
Grande en honor e hidalguía,
la Paz bendijo tu suelo,
hizo tu vientre fecundo,
y tienes para tu anhelo,
por todo límite, el cielo;
por todo escenario, el mundo.

Al ver la turba extranjera
que tus laureles hollaba,
te alzaste cual reina esclava
que su cetro recupera;
la faz demudada y fiera
y el gesto imperioso y rudo,
ceñiste peto y escudo,
y al resplandor de tu lanza,
huyó el invasor ceñudo
entre gritos de venganza.

Como un alcázar maldito
de la odiosa tiranía
el viejo mesón se erguía
sobre bases de granito,

y surgió Santamaria
con su antorcha sacrosanta
iluminando la Historia...
¡El negro bastión quebranta,
y sobre sus ruinas canta
el incendio nuestra gloria!

Hoy que gentil y graciosa,
celebras tu independencía,
y al par el Arte y la Ciencia
de olivo, laurel y rosa
ciñen tu frente preciosa;
hoy que ufana se te ve
de tus volcanes al pie,
ostentando entre ambos mares
tu corona de hazahares
y de flores de café...

¡Juremos con noble anhelo
que, antes que rasgue tu manto
de diosa algún tiranuelo
o un nuevo Walker tu suelo
cubra de luto y de llanto,
sabremos, Patria adorada,
lentos de orgullo tus hijos,
bajo tu enseña sagrada,
morir, besando la espada,
con los ojos en tí hijos!

¡Quiera el cielo, Patria mía,
que soles de eterna gloria
alumbren siempre tu historia
con fulgores de poesía,
y una inmensa sinfonía
repitan roncós los ecos
celebrando tus hazañas,
que conmueva tus entrañas
y repercuta en los huecos
de tus salvajes montañas!

ROGELIO FERNANDEZ GUÉLL

SECCION BIBLIOGRAFICA

El libro del Dr. Castro Ramírez

Se ha clausurado la Corte de Justicia Centroamericana. Su advenimiento fué recibido con frialdad por la gran mayoría de los costarricenses; ya porque se la estimó una de tantas maneras de retribuir dudosos servicios a diplomáti-

a quien la altura no veló el valle de lágrimas; como los costarricenses nos enorgullecemos de un González Víquez, los salvadoreños deben sentirse dichosos del Magistrado y del hombre.

El doctor Castro integra al juicio de



DR. MANUEL CASTRO RAMIREZ

cos de carrera, ya porque no se apreciara bien sus finalidades, es lo cierto que no gozó de la simpatía que más tarde hubo de tener por su actuación internacional. Entre los que han integrado la Corte se halla el doctor don Manuel Castro Ramírez, a quien nuestra sociedad ha cobrado tanto afectuoso respeto por su talento jurídico y su perfecta moralidad. Respalda su figura política la franca sonrisa del filántropo

la posteridad centroamericana un libro de actuaciones de la Corte, en que pormenoriza los negocios resueltos en ella y comenta la revelante labor que en bien del adelanto de estos países se ha hecho, «estimando como una ofrenda a la Patria el dar cuenta de cómo se ha desempeñado un alto cargo». Explica el significado altamente moral de los Tratados de Washington, (p. 19) tan mal comprendidos cuando situaciones

de turbulencia interior han sentido su peso; detalla la naturaleza de la Convención y publica los fallos que se dió a los negocios presentados a la consideración de la misma. Entre los documentos aportados son de gran interés para léxicos e historiadores las demandas «Costa Rica versus Nicaragua» y «El Salvador versus Nicaragua», la primera sobre proyectos canaleros y concesión de una base naval en el Golfo de Fonseca, y la segunda de adversación al Tratado Bryan Chamorro.

Su libro está lleno de fresco optimismo y graves reflexiones, se advierte en él la seguridad de una labor magnánima, sugiere posibilidades cohesiones futuras; es en una palabra, un libro de corazón y cabeza, dos requisitos

que respeta el tiempo y ennoblecen e ilustran a la alta personalidad que lo entrega a los Archivos de Justicia.

Sus consideraciones finales nos merecen profundo respeto y nos acercan mucho a su visión ideal de la política centroamericana, y si no bastasen sus fecundas ideas, llenaría su diáfano espíritu la distancia aparentemente insalvable de nuestros cinco pueblos.

Vaya nuestro respetuoso saludo al distinguido caballero que supo dejar huellas tan hondas de su estadia entre nosotros y el aplauso sincero, ya que no autorizado, al Ilustre Magistrado que supo mantener el decoro de tan honrosa designación.

RAFAEL CARDONA JIMENEZ

Marzo 1918

Nota gráfica de la guerra



M. Clemenceau y el general Petain, saliendo de la Conferencia Aliada

Jamás se debe escribir sino de lo que se ama.

Para tener una concienzuda opinión artística es preciso ser artista.

Notas

El Homenaje a Zamacois

ATHENEA había dispuesto dedicar un número exclusivo al distinguido escritor que hoy nos visita y se ha visto obligada a hacerlo en parte solamente pues exigencias tipográficas lo imponen. En la próxima edición publicaremos el material que no fue en ésta, incluyendo los trabajos que hayan de leerse en la Velada que el Ateneo de Costa Rica dedicará al ilustre huésped,

El dolor del Maestro

Nuestro colaborador y amigo don Valeriano Fernández Ferraz ha tenido que sentir un dolor profundo. Su compañera de siempre, la virtuosa y distinguida dama doña Lucía Ortiz ha fallecido recientemente.

Nosotros nos acercamos al corazón dolorido del Maestro y rezamos con él una oración de paz.

Que la mano ansiosa de sus hijas ponga un lenitivo sobre la herida habiérta al viejo educador que tanto ha hecho por la cultura literaria del país.

Brenes Mesén ex-Ministro

Costa Rica ha tenido que sentir muy intensamente la separación de don Roberto Brenes Mesén del Ministerio de Instrucción Pública. La labor que comenzaba a llevar a la práctica en las escuelas del país sería de indiscutible progreso cultural; pero era preciso que el infatigable escritor se dedicara a otros trabajos y así se vió en el caso

de dejar un puesto que era en sus manos un escoplo rodiniano.

Dichosamente le sustituye don Anastasio Alfaro, que seguirá en la empresa difícil de formar la cultura costarricense.

Números especiales

Para lograr el mejor conocimiento de los escritores nacionales y difundir más extensamente nuestra literatura, la Redacción de ATHENEA ha acordado hacer cada tres meses ediciones especiales de un solo autor. Para esa labor contamos ya con alguna selección de trabajos y esperamos comenzar el mes entrante con las publicaciones especiales. Nuestros lectores recibirán con gusto esta nueva y se darán cuenta de la importancia que tiene la innovación.

Hemos recibido

Colección Renovación, contiene una selección de cuentos del célebre poeta inglés Oscar Wilde. Escogidos por la escritora nacional Carmen Lira tienen la novedad de ser los más notables. La edición es pulcra y el cuaderno lleva el retrato del autor de Salomé. Agradecemos el envío.

Mercurio es una de las mejores revistas que se publican en América. De lujosa presentación, con gran número de páginas y de escogido material. En ella colaboran los más reputados literatos del habla castellana. Pida una suscripción a *Mercurio Publishing Co.* New Orleans. \$ 2.00 al año.

En la IMPRENTA TREJOS HNOS. ha sido editada la segunda edición corregida del libro del Dr. Cordero

“LECCIONES DE HIGIENE”

De venta en la

LIBRERIA TREJOS HNOS.

San José, Costa Rica